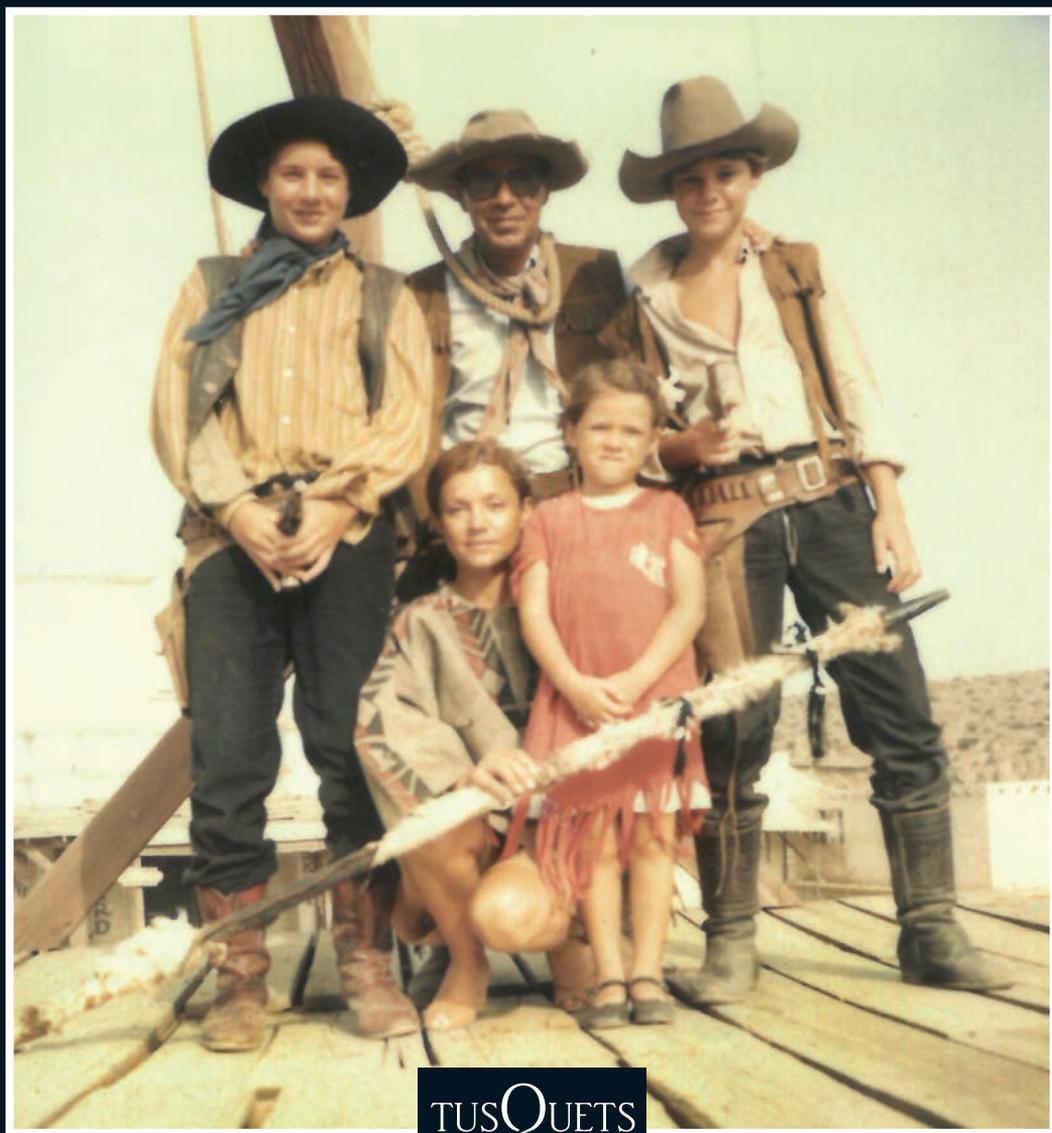


Lola Mascarell

NOSOTRAS YA NO ESTAREMOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LOLA MASCARELL
NOSOTRAS YA NO ESTAREMOS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2021

© Lola Mascarell, 2021

Diseño de la colección: Guillemot – Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-039-3
Depósito legal: B. 15.982-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El último verano que pasamos en la casa de La Pobra no sabíamos que sería el último. De haberlo sabido nos hubiéramos dedicado a vivir con más intensidad cada momento. O esa es al menos la historia que nos contamos para no reconocer nuestra cobardía. La historia que nos contamos a diario. Como si no supiéramos que cada cosa que hacemos es la última vez que la hacemos. Que todo fluye y nada es lo mismo pasados unos segundos. Saber que esta vida es la única que vamos a vivir no nos hace vivirla con más intensidad. Así que tampoco hubiera servido de nada saber que aquel verano podía ser definitivo.

Aun así, visto con la perspectiva de los años, resulta difícil imaginar un verano más intenso. Acababa de nacer el primero de mis sobrinos, y mi hermano y mi cuñada habían decidido venir a Valencia para pasar agosto con nosotros. Yo estaba rompiendo con mi vida antigua. Caminaba en un extraño equilibrio de cristales

rotos. No sabía qué hacer. Acababa de conseguir una plaza como profesora de Lengua y Literatura, y el mundo se abría nuevo ante mis ojos. Así que también me instalé en la casa. Mis padres habilitaron el cuarto de baño de fuera. Se limpió la piscina, se cortó el césped, se compraron balones y colchonetas, se llenó la nevera de leche y de pan Bimbo, de carne y de cervezas. Se abrieron persianas y cristales. Y estuvimos varios días limpiando. El viejo tocadiscos reprodujo de nuevo antiguas canciones. De Gardel y de Concha Piquer. Canciones intemporales que habían llegado a mi madre de parte de sus abuelas y que iban reconstruyendo el mundo en aquella casa.

Habíamos pasado algunos años sin apenas pisarla. Mi madre me explicó cómo había que quitar las telarañas de los rincones, cómo limpiar las ranuras de aluminio de los ventanales, cuál era el producto más adecuado para sacarle brillo a la pila. Las casas tienen muchos secretos que solo conoce quien las habita. Interruptores que no encienden nada, cables que no van a ningún sitio, manchas en la pared. Aquel verano volvieron a llenarse las habitaciones. Volvieron los desayunos en la terraza. Las noches de timba tras la cena. Mi padre regando el césped al atardecer. El olor de las brasas. Volvió la intensidad del perfume del jazmín que sujeta la casa y que en realidad no es un jazmín, sino un dragón, un dragón enorme y perfumado de dientes como pétalos.

Aquel verano nadie podía imaginar que ese habría de ser el último verano. Yo leía poesía en el porche. Leía a César Simón y a Pessoa. Mi sobrino flotaba en una piscina Toy. Todos íbamos siempre en camiseta y bañador. A veces salíamos para cenar con alguien o para comprar víveres. Encargábamos paellas en el Bar Levante e íbamos a recogerlas. Yo tenía los ojos llenos de estrellas. Mi padre me enseñó a programar los aspersores, a enchufar la máquina depuradora y a concebir la hora del riego como una forma de meditación zen. Le ayudé a cortar el césped y las ramas de los cipreses.

Mi abuela, que había muerto el año anterior, aparecía por los pasillos de vez en cuando con su delantal de flores, con su costurero nuevo. Me enseñaba a pelar patatas, a enhebrar agujas, a hacer solitarios. O me pedía que le leyese algún poema de Antonio Machado.

Aquel verano, mi sobrino probó el arroz por primera vez. Y mi hermano y yo le dimos de comer por primera vez a un niño. Me quedé dormida en la hamaca debajo de las palmeras. Hablé por teléfono durante horas junto a la piscina. Me crucé con viejos amigos de los que hacía años que no sabía nada, y rememoramos capítulos de la infancia. Pasaron muchas cosas y ninguna era importante. Ninguna parecía merecer una sola línea de un libro. Murió la tortuga de mi hermano y la reemplazamos por otra. Invité a un amigo a subir a mi cuarto aprovechando que todos se habían ido. Hicimos confidencias y trampas en la te-

rraza fresca. Escribí cartas de amor que fueron correspondidas. Se cayeron nidos e intentamos salvar a los polluelos. Salieron olivas en el olivo. Nada de lo que nos conmueve termina de pasar. Todo queda prendido, pendiente, como si alguna vez pudiéramos volver.

La niña está completamente inmóvil en su cama. Le pica la mejilla izquierda, pero no puede rascarse. Intenta concentrarse en su inmovilidad. No puede me-
near ni un solo músculo, ni un dedo, ni abrir o cerrar los ojos, ni expulsar demasiado fuerte el aire de la respiración. Ha tenido que dar varias vueltas para encontrar la postura más cómoda. Boca arriba, con los ojos abiertos y las manos dejadas caer a ambos lados de su cuerpo, como cuando se tumba en la playa a esperar que pasen las horas sin baño. La luz del comedor que se cuele por la ranura de la puerta no está quieta: se arrastra lentamente por las baldosas, al compás de los movimientos que hay afuera. Le gusta verla crecer en ángulo recto hacia su cama, alcanzarle la punta del pie y mezclarse con las bolas de luz naranja que entran por la persiana mal cerrada.

Las bolas son naranjas porque así es la luz de las farolas de su barrio, un barrio de la periferia con edi-

ficios de ladrillo caravista. La suya es una finca para maestros. Ofrecen viviendas a precios más bajos con la idea de atender la demanda de los nuevos colegios que han construido en la zona. A la niña le gustan los colegios. Algunas noches, antes de dormir, se entretiene dando clase a sus muñecas. Por eso le han puesto un cristal en el cuarto con la palabra SILENCIO. Es uno de esos cristales que utilizan en la puerta de los estudios de radio para que la gente no interrumpa mientras se está grabando. A sus padres, como es lógico, les molesta que la niña continúe hablando incluso desde la cama. Por eso le han puesto el cartel. Para que se calle y duerma. Sus padres trabajan en la radio y se acuestan muy pronto.

Ella está despierta, demasiado despierta, y no piensa en eso, sino en muchas otras cosas. En todas a la vez. Esa misma tarde han ido a casa sus tías. Las ha oído conversar desde su habitación. Su tía Ampa hablaba de alguien de la familia que ha padecido hepatitis recientemente. Una enfermedad de la que la niña no había tenido noticia hasta entonces. No se puede mover, ha dicho en tono grave. Ni un dedo, ni un músculo, ni abrir o cerrar los ojos. Qué tragedia, han contestado las otras, pobre chica. ¿Y cuánto tiempo tiene que estar así? Cuatro meses por lo menos. Virgen María santísima, ha exclamado la abuela, cuatro meses sin moverse de la cama. Y ha subrayado el verbo *mover* con una ligera variación en el volumen y el tono de la

voz. La niña, que tiene la mala costumbre de escuchar las conversaciones adultas, ha entendido la frase literalmente. Ha entendido que el verbo *poder* tiene en este caso un valor distinto al que su tía le da, un valor de prohibición. Que a la pobre enferma le han prohibido moverse porque si no se muere. Eso es lo que ha entendido. Y aunque ha pasado la tarde tratando de pensar en otro asunto, no ha podido evitar que la sospecha fuera tomando forma y tamaño en su interior. Cuatro meses sin moverse. Virgen santísima. Y todo se ha ido convirtiendo en una bola narrativa de dimensiones médicas hospitalarias.

Siempre que hablan de temas interesantes la mandan a su habitación con una de esas frases imperativas e incuestionables. Ahora te vas al cuarto que vamos a hablar de cosas de mayores. De modo que las historias casi siempre le llegan entrecortadas o con términos que no entiende. Es su imaginación la que acaba por completar los relatos de la manera más increíble. Como cuando escuchó la historia —totalmente verídica— de un compañero de su padre que había ido a una casa en la que vivía un fantasma. El fantasma de las tijeras. Fue a beber agua a la cocina y cuando volvió, las tijeras estaban abiertas encima de la mesa. O la historia de la mujer que lloraba arena porque se le estaban secando los ojos. O aquella otra que se murió con la mano encima de la cabeza. Se murió así, pobrecita, boca arriba, con la mano vuelta dejada caer sobre la frente, exac-

tamente como solía dormir cada noche, había dicho su abuela. Se durmió como siempre y ya no se despertó, pensó la niña. Así que el miedo a morir en esa postura pasó a formar parte de su catálogo personal de obsesiones. Junto con la manía de cerrar todas las tijeras que se encuentra en su camino. Y otras tantas rarezas más.

A los mayores les maravilla lo mucho que le gusta escuchar sus conversaciones. Hay que ver esta niña, siempre atenta a lo que dicen los adultos, parece una abuela. Pero a ella también le gusta leer. Y como es la más pequeña de tres hermanos se pasa muchas horas a solas en su cuarto, jugando con sus cosas y alimentando el monstruo de su imaginación.

Sus hermanos y sus amigas mayores colaboran en la tarea obligándola a realizar extraños rituales, como memorizar el listín telefónico o meterla en la pila de la galería mientras supuestamente juegan al escondite. Sus amigas le hablan del pis de las lagartijas que te deja calva si te cae en la cabeza. O del tío de una amiga al que se le salieron los intestinos por el culo mientras estaba en el baño. Y como además tiene buena memoria, la niña reconstruye todas esas historias en su cabeza, aliñando, sumando o restando en función de su capacidad o de su tiempo. Incorporándolas a su miedo natural a la muerte y a la enfermedad. Aún hoy recuerda con precisión los detalles de la trágica historia de la abuela de Inma, que murió quemada al acercarse demasiado a la chimenea.

A la niña también le gusta improvisar historias para jugar con sus amigas o con sus muñecas. Y leer relatos de terror como los que cuentan sus hermanos mayores cuando se va la luz. Su abuela le ha comprado una libreta para que las escriba. Y entre unas cosas y otras, se las inventa que vuela. Aún no sabe la cantidad de veces que esa habilidad logrará salvarla. Tampoco en qué líos la terminará metiendo. El mundo es para ella confuso y arbitrario, mágico e incomprensible. Igual que la hepatitis. Por eso a veces ensaya en su cama. Prueba a ver cuánto tiempo puede permanecer inmóvil, sin menear ni un solo músculo, ni un dedo, ni abrir o cerrar los ojos, ni expulsar demasiado fuerte el aire de la respiración. Porque además de obsesiva es una niña muy práctica: si algún día me coge la hepatitis, al menos que me pille preparada.